

rado el dictador por sucesor suyo. Este joven adolescente, ausente con su madre de Roma cuando el asesinato de César, había vuelto desde luego para reclamar timidamente á Antonio la herencia de su tío, mas éste despreció su instancia y aun le amenazó. Su juventud, sus derechos á la sucesion, ser hijo adoptivo de César, las lágrimas de su madre y la injusticia de Antonio habían interesado á los romanos. El desprecio de estos por Antonio, las esperanzas que se conciben y van unidas á la juventud, las dádivas que en su testamento legaba César para sus soldados y que prometia cumplir su heredero hicieron lo demás. Octavio, acompañado de su madre, dejándose ver en Roma, recorriendo las provincias, implorando el favor del pueblo, invocando el auxilio de los veteranos, lisonjeando á los republicanos prometiendo devolverles la antigua libertad y ponerlos á cubierto de los insultos de la grosera soldadesca de Antonio, había llegado en poco tiempo á ser considerado por unos como futuro vengador de César, y por otros como el inesperado restaurador de la república. El afectaba ver toda la patria junta en solo Ciceron: de él recibía sus consejos, mantenía correspondencia con él, é iba á visitarlo en su retiro. Este por su parte le trataba como á hijo que se inspira con la sabiduría de un padre. Octavio le juraba no hacer uso del poder que le daban su herencia de sucesion, su nombre, su partido y el favor de los romanos, sino para restablecer con el amparo de Ciceron la autoridad del senado, el imperio de las leyes y el ejercicio de la antigua libertad.

Aun cuando Ciceron no le diese crédito, estaba obligado á creerlo; su pasión por el restablecimiento de un gobierno libre, su amistad con Bruto, el terror demasiado fundado que le inspiraba Antonio, eran otros tantos estímulos para considerar á este joven como el único instrumento para sublevar á Roma contra este vil tirano, que había heredado el despotismo de César sin participar de su talento, de su agrado y genio. Se unió con Octavio por la salvacion de la república, declarándose abiertamente padrino suyo, y luego que se supo que Ciceron abrazaba la causa del joven César, la de Antonio cayó y perdió la opinion en toda Italia: la autoridad y fuerza moral de este grande hombre equivalía á un ejército.

Abandonado Antonio por las legiones inmediatas á Roma, se alejó de aquel territorio, ardiendo de cólera su corazón, para ir á reunir otras en los Alpes. Octavio con los cónsules marchó contra él en nombre del senado y lo derrotó.

Vencido Antonio, y con la energía y desesperacion que le inspiró la misma derrota, lisonjeó á su rival Lépido que mandaba otra legion romana en las Galias, y volvió á entrar en Italia con cien mil hombres para disputársela á Octavio. El dominio del mundo estuvo en balanza por espacio de algunos meses.

Habiendo vuelto á Roma, Ciceron atizaba el fuego sagrado de la libertad con doce inmortales discursos dirigidos contra Antonio en nombre del senado y del pueblo, arengas sublimes, llamadas *Filípicas* por alusion á las del orador Demóstenes contra Filipo, rey de Macedonia, que atentaba contra la libertad de Atenas, como Antonio contra la de los romanos.

Estos doce discursos de Ciceron, fruto de su talento sazonado con la edad, de su patriotismo humillado por la servidumbre, de su cólera atizada por el terror, y como un presertimiento de los crímenes de Antonio y de Fulvia, su muger mas malvada aun que su marido en fin, por esa desesperacion de valor, que no teniendo ya mas miramientos ni contemplaciones para salvar un resto de vida, quiere cuando menos immortalizar su memoria, son el grito de muerte de Ciceron, destinado á resonar mas allá de su tumba. El racionio, la pasión, la súplica, la imprecacion, la invectiva el furor sacro que santifica la injuria, el apóstrofe á los romanos, la invocacion á los dioses—el desafío al puñal, el heroismo y grandeza de alma, el acento, la accion, todo esto sucesivamente y junto á la vez, inflamado con el fuego de la elocuencia para hacer revivir el amortiguado valor de los romanos, y para volverles por un exceso de desprecio al tirano, ya que no su ardor por la libertad, al menos la vergüenza de la servidumbre. Es el mas largo, el mas sublime arrebató de cólera que jamás haya resonado entre los hombres.

En efecto, Roma y el senado se reanimaron á estos acentos por algunos meses, mas fué para volver á caer en el desaliento.

Mientras que Ciceron, á los sesenta y cuatro años de edad se esforzaba de este modo en comunicar á su patria el inestinguible fuego de la juventud que alimentaba todavia en su pecho, Octavio, por quien combatía él en Roma, negociaba en Módena con sus dos rivales Lépido y Antonio, encontrando mas seguro dividir el imperio que jugarlo á la suerte de una batalla dudosa, estando persuadido de antemano que su nombre y su política harian con el tiempo que recayese en solo él.

Informado Ciceron de la traicion é ingratitude de su pupilo, escribió, aunque en vano, á Bruto y á Casio para que volbiesen con la mayor precipitacion á Italia con sus tropas de Africa, para salvar todavia una vez la república.

El crimen cometido pesaba sobre las cabezas de éstos; así no se atrevieron á volver á presentarse en una tierra donde el grito de sangre resonaba cada vez mas contra ellos.

XIII.

Octavio, Lépido y Antonio acordaron tener una entrevista en una pequeña isla que forma

el rio Reno, junto á Bolonia. Solos los tres, conferenciaron durante tres dias con sus nocches, y convinieron por último, formar un triunvirato ó gobierno dirigido por tres personas, dividiendo el pueblo romano en tres partes, que cada una debía ser un imperio. Lo de menos era repartirse la república; necesitaban además asegurar su pacífica posesion, sacrificando todos los mas preclaros ciudadanos capaces de defenderla ó atentar contra su tiranía. Sellaron este tratado con la sangre de tres mil trescientos ciudadanos romanos, que se cedieron mutuamente. Formaron los tres una lista, discutieron entre sí, añadieron, borraron, traficaron con la vida ó la muerte de sus amigos ó enemigos, hasta que cada uno de ellos otorgó á los otros la sangre del mas querido de sus amigos para obtener en pago la muerte del último de sus enemigos.

Ciceron era el primero en lista; Octavio, por un resto de pudor, lo defendió mucho tiempo, haciendo presente la ignominia que recaía en un gobierno cuyo primer acto seria el sacrificio del mas grande, del mayor talento de Roma, empero las Filípicas gritaban venganza en el corazón de Antonio. Los dos colegas de Octavio le hicieron ver que el equilibrio de las fuerzas era sin duda necesario para que su mando fuese estable; que Ciceron gozaba de una autoridad moral demasiado poderosa en la república, tanto por su nombradía como por su talento y número; que por cualquiera de los tres triunviros que se declarase amigo, lo haria superior á los otros dos; que arrastraría con él la opinion y la fortuna, y que destruido el equilibrio por el peso de este grande hombre quedarían reducidos á la nulidad y entregada la Italia á la anarquía.

Octavio cedió á las poderosas razones de esta lógica de asesinos y al ansia de mandar; calculó que valia mas Roma que aquella cabeza, y así consintió en que Antonio se vengase.

XIV.

Los triunviros se encaminaron juntos hácia Roma, sepultando en sus pechos el secreto de sus proscripciones hasta que hubiesen llegado, por temor de que sus victimas se salvaran de sus asesinos fugándose de la ciudad. No se divulgó mas que el nombre de los diez y siete principales proscriptos, cuyas cabezas debían adornar su triunfo sobre la república. Ciceron estaba el primero en la lista: supo la noticia de su sentencia sin atreverse á darle crédito ¿Comenzaría Octavio cometiendo un parricidio? ¿No era él su segundo padre? Contra toda esperanza confiaba en él; pero lo temia todo de Antonio, y mas todavia de su nueva esposa Fulvia. Los hombres perdonan: las mugeres se

vengan, porque no tienen suficiente energía para dominar sus pasiones.

Mientras fluctuaba Ciceron entre la duda é indecision, perdía el tiempo que debía haber aprovechado para ponerse en salvo, y tal vez era este el pensamiento y deseo de Octavio; la perplejidad, esta flaqueza de los grandes sábios, porque meditan, reflexionan y pesan el pró y el contra mas que los demás hombres, fué la causa de su muerte, así como había sido la plaga y azote de su vida. Perdió los dias y las horas discutiendo consigo mismo y con sus amigos, si á su edad seria preferible presentar estóticamente el cuello á sus asesinos, y morir dejando que su sangre clamase venganza contra la tiranía sobre la tierra su patria, ó ir á mendigar en Asia el amargo pan del destierro, y la vida entre los enemigos del pueblo romano. Su ánimo parecia abrazar sucesivamente y arrepentirse de su resolucion. Sus pasos, así como sus pensamientos, divagaban desde la costa de la mar, á sus casas de recreo, y desde éstas á la costa de la mar.

En fin, quiso alejar el momento de su postrera y última resolucion, alejándose de Tusculo, porque estaba muy cerca de Roma. Abandonó esta mansion acompañado de su hermano Quinto Ciceron, y su sobrino, que lo amaba como á un padre. Retiróse á su casa, la mas lejana, de Astura, morada de luto, en donde, como se ha visto, había lamentado la melancolia por la muerte de su hija Tutiola; la aspereza del sitio y lo intrincado de los bosques parecían ponerle á cubierto de la maldad de los hombres.

Estaba situada esta casa junto á la playa del mar de Nápoles: allí pasó algunos dias oyendo á lo lejos la marcha del ejército de los triunviros que se acercaban á Roma. Parece estaba ya resuelto á esperar allí la muerte, sin tomarse el trabajo ni de huir mas lejos para evitarla, ni de arrostrarla de mas cerca. Sin embargo, su hermano, su sobrino, sus libertos, sus esclavos, especie de segunda familia que el reconocimiento, la gratitud, las leyes y las costumbres ligaban y unían antiguamente á sus amos hasta la tumba, todos le representaron é hicieron ver que un hombre como Ciceron nunca era viejo, mientras que con su genio, talento y consejos pudiese ilustrar ó hacer revivir el amortiguado valor de su patria; que Caton, muriendo, había él mismo estinguido antes de tiempo una de las últimas esperanzas de la república: que si estaba él resuelto á morir, cuando menos era necesario que su muerte fuese útil á la causa de los buenos ciudadanos, que era la misma que la de los dioses: que existiendo todavia Bruto y Casio, y estando reuniendo en Africa legiones leales y fieles á la memoria de Pompeyo y á la república, y prontas á combatir con los ejércitos venales de los triunviros, debía ir á reunirse con ellos, reanimar con su presencia y sus palabras una causa que no era todavia deses-

perada, en tanto que le quedasen para defenderla Ciceron y Bruto; ó que si era necesario morir, morir al menos con la justicia, la virtud y la libertad.

XV.

Estos consejos prevalecieron un momento en su ánimo. Dejó su retiro de Astura con su hermano, sus criados y esclavos, para acercarse á la mar y embarcarse en una galera que se le tenía dispuesta. Empero la precipitación con que había abandonado á Roma y Túsculo á los primeros rumores de su proscripción, no le habían dado tiempo para tomar el dinero indispensable para una larga emigración. No bien se había puesto en camino, cuando reflexionó en la indigencia á que había de verse espuesto él, su familia y amigos durante su destierro; en su consecuencia mandó que parase su litera (especie de silla de manos conducida por esclavos, de que se servían los romanos ricos en vez de carriage), é hizo que se acercase la de su hermano Quinto que iba detrás de la suya.

Juntas ambas literas y desviados los conductores, los dos hermanos se hablaron un momento sin testigos desde las portezuelas, y quedaron convenidos en que Quinto, como el menos célebre y conocido, volvería solo á *Ancio*, su país nativo, que traería todo el dinero necesario para su fuga, y que con la mayor diligencia volvería á reunirse con Ciceron en su mansion de la costa de Gaeta, en donde le aguardaría para embarcarse. En seguida los dos proscriptos, como si entreviesen con cierto presentimiento que era esta su última separación, se lamentaron del rigor de su desgracia, que ni aun les permitía soportarla juntos; derramaron lágrimas allí mismo en presencia de sus esclavos, y abrazándose estrechamente se separaron: volvieron á abrazarse de nuevo muchas veces, como para darse el postrer adios.

XVI.

Quinto se dirigió á Astura para volver á su casa de *Ancio*, juntamente con su hijo, siguiendo las sendas de los montes. Ciceron prosiguió su marcha hasta la costa, y allí se embarcó en una galera; en una ensenada de la playa de *Gaeta*, y en el sitio donde se ve todavía hoy día su sepulcro elevarse como un escollo de gloria junto á los escollos del Océano, poseía otra casa de recreo embellecida con el mayor lujo, y adornada con cuanto delicioso podía reunirse para hacer agradable la estación de

verano á los poderosos ciudadanos de Roma. Estaba construida sobre un cabo ó promontorio, desde donde se descubría una vasta extensión de mar, ya tersa y pacífica, ya también embravecida y espumosa, circuido por el semicírculo que formaba el puerto, rodeado de villas romanas, templos, pueblos marítimos, poblada de navios, barcos y velas, que hacían mas variada y risueña esta animada perspectiva. Los vientos etesios que soplan del Norte constantemente durante la canícula, refrescaban el ambiente, proporcionando una temperatura deliciosa; jardines dispuestos en anfiteatro descendían formando bancales desde la aérea morada hasta terminar en la húmeda playa; cavernas naturales, perfeccionadas por el arte, pavimentadas con variados mosaicos y cruzadas en varios direcciones por depósitos, en los que introduciéndose por secretos conductos el agua del mar, mantenían siempre el frescor, y servía para los baños. Un templo privado, probablemente el que había consagrado á su hija *Tulia*, ostentaba el brillo de sus columnas y capiteles de mármol de Paros, medio encubiertos por las copas de los naranjos, laureles, higueras, pinos, mirtos y los pámpanos de los emparrados que entapizan constantemente esta costa.

En este agradable sitio es donde desembarcó Ciceron para esperar la vuelta de su hermano *Quinto* y la hora de su partida. Los triunviros distaban todavía muchas jornadas de Roma: la Campania estaba libre de tropas, y todo anunciaba que los asesinos pagados por Antonio no llegarían tan presto como su venganza.

XVII.

Empero la venganza le precedía. Apenas *Quinto* y su hijo llegaron secretamente á su villa paterna de *Ancio* para vender sus bienes y llevar á Ciceron su importe, cuando la traición doméstica los denunció á los emisarios de los triunviros, y fueron degollados padre é hijo en sus mismos hogares, únicamente por el crimen de su nombre.

A tan funesta noticia, los libertos y esclavos de Ciceron le pidieron encarecidamente y le rogaron con las mas vivas instancias que huyese y se pusiese en salvo; vuelve en efecto á embarcarse en su galera y navegó hasta el cabo de *Circe*, promontorio saliente del golfo de *Gaeta*, para desde allí hacerse á la vela con dirección á *Africa*. A pesar de las instancias de los pilotos y lo favorable del viento, hizo que lo echasen á tierra. No podía abandonar esta última playa de Italia, ni perder de todo punto la esperanza del corazón y reconocimiento de *Octavio*.

Silencioso y á pie siguió á lo largo de la

costa el camino que conducía hácia Roma; su galera le seguía á alguna distancia bogando por las olas. Despues de haber andado así algunas millas abismado en sus dudas y perplejidades, y principiando á declinar el día, hizo señal á los remeros que aboradasen á la costa y se entregó de nuevo á merced de las ondas.

Declaró á sus libertos que cansado ya de tantas incertidumbres y de fugas, estaba resuelto á volver á entrar en Roma, y marchar á abrirse él mismo las venas á las puertas del palacio de *Octavio*, á fin de vengarse al menos, muriendo, de la ingratitud escrita con caracteres de sangre con el nombre del parricida, y de ligar fuertemente á sus pasos con la memoria de su crimen una furia que le persiguiese sin darle un momento de reposo. El temor de los tormentos que le harían sufrir si lo detenían antes de haber llevado á cabo el suicidio, era lo que le había contenido y obligado á volver á bordo. Navegó algún tiempo indeciso sin perder de vista la costa; poco despues, impulsado aun por no sé qué cierto pensamiento, mandó á sus remeros lo volviesen á su casa de placer de *Gaeta*, que había abandonado aquella mañana.

Aunque condoliéndose los esclavos le obedecieron, llorando de antemano su muerte. La galera arribó á la playa donde se elevaba el templo.

XVIII.

Los presagios y vaticinios, idioma adivinatorio perdido hoy día, que anunciaban, interpretaban y solemnizaban todos los hechos ó acciones trágicas de los ciudadanos ó de los imperios, advirtieron y llenaron de consternación á los fieles servidores de Ciceron así que abordaron. En el momento que la galera pugnaba por vencer las últimas olas para anclar al pie del promontorio, una bandada de cuervos, aves de mal agüero que posaban en las cornisas del templo, tomaron el vuelo elevándose por el aire, dando grandes graznidos, revoloteando delante de la galera, queriendo al parecer rechazar y repeler las velas y bergas hácia alta mar, como para significar el gran peligro que había en la costa. Ya sea que Ciceron, como tan gran filósofo, fuese superior á vanas supersticiones del vulgo, ó bien que aceptase el agüero sin buscar medio para evitarlo, no por eso dejó de subir los tramos de la escalera que conducía á su habitación. Entró y se arrojó vestido como estaba sobre el lecho, para reposar un instante de tantas fatigas y para reconcentrar sus ideas; cubrióse la cabeza con la punta de su túnica para no ver los últimos rayos del sol de Poniente. Empero los mismos cuervos que habían intentado rechazarlo de la costa, le persiguieron hasta en

su misma morada. Bien sea que estas aves, familiarizadas con él se alegrasen de su venida, ó que remontando el vuelo á grande altura hubiesen percibido antes que los criados las tropas desconocidas de los numerosos soldados de Antonio, esparcidos por el territorio y deslizándose furtivamente como asesinos hácia los jardines de Ciceron, ello es que se agitaban como impelidos por un desconocido instinto. Uno de ellos, introduciéndose por la ventana que había quedado abierta para que entrase la brisa del mar, fué á ponerse sobre el lecho de Ciceron, y tirando con su pico la punta de la túnica que cubría su frente, dejó descubierto el rostro, pareciendo le daba prisa para que abandonase la casa que lo rechazaba.

A esta evidente muestra de instinto los sirvientes quedan atónitos; se enternecen, prorrumpen en llanto, y reconviéndose á sí mismos de tener menos prevision y celo por la salvación de su amo que los mismos irracionales, «qué, decían, jaguardaremos con los brazos cruzados á ser espectadores de la muerte de este grande hombre, mientras que las mismas bestias vigilan por su conservación, y parecen indignarse de los crímenes que se preparan?»

Animados por estas mútuas reconveniones, los esclavos de Ciceron se arrojan á sus pies, le impelen dulcemente, le fuerzan á que vuelva á entrar en la litera, y lo conducen por las sombrías y desviadas calles del jardín hácia la playa donde estaba anclada la galera.

Apenas habían andado algunos pasos, cuando un peloton de soldados mandados por *Herennio* y *Popilio*, dos de esos gefes de sublevados, que prestan su espada á toda clase de crímenes, á todo el que les paga, llegaron silenciosos á las paredes del jardín por el lado de tierra, y hallando cerradas las puertas, mandaron derribarlas y se precipitaron dentro de la casa. Uno de los gefes, *Popilio*, acusado de parricidio, había sido defendido y absuelto en cierta ocasion por el elocuente orador. Deseaba borrar la memoria de la ingratitud con la sangre de su bienhechor.

Amenaza, insta á los criados y libertos que habían quedado en la casa para que le indiquen el parage en que se oculta su dueño: todos contestan que no lo han visto, procurando por este medio dar tiempo á su fuga, cuando un jóven traidor, discípulo querido de Ciceron, hijo de un liberto de su hermano, instruido por él en las ciencias y en las artes cual querido hijo, llamado *Filologo*, indicó por señas á los soldados la avenida del jardín, por la que su bienhechor y segundo padre se dirigía á la mar. A esta señal de muerte, *Herennio*, y *Popilio* y sus satélites se precipitan á galope siguiendo el rastro de la litera, haciendo resonar con sus gritos, el ruido de sus armas y las pisadas de sus caballos el hondo y solitario camino que guiaba á la costa.

A este tumultuoso estrépito que se aproxima, que resuelve de pronto todas sus irresoluciones y que por fin reposa su alma con la certeza de su muerte, quiere Ciceron recibirla á pie firme y sin huir. Manda parar á sus esclavos y que dejen la litera sobre la arena; obedecen estos, y él sin palidecer espera á sus asesinos apoyando el codo sobre la rodilla y sosteniendo la barba con la mano, como acostumbra cuando meditaba tranquilo en el Senado ó en su biblioteca. Mira con ojo impertérrito á Herennio y á Popilio y les quita el trabajo de arrancarlo de la litera presentándoles el cuello, como el hombre que adelantándose al golpe, va al encuentro de la inmortalidad.

Herennio le corta la cabeza, y la lleva él mismo á Antonio, para que ningun otro, tomándole la delantera, le prive del placer de proporcionar la primera alegría al triunviro, y del precio del crimen al que ha vendido su espada.

XIX.

Antonio, que acababa de entrar en Roma, presidia la junta del pueblo para la elección de nuevos magistrados, en el momento en que Herennio atravesaba por medio del gentio para presentarle la cabeza del salvador del pueblo.

«Ya basta, exclamó Antonio, mirando el livido semblante de aquel que tantas veces habia hecho palidecer el suyo: ¡se acabaron las proscripticiones!»

Con estas palabras manifestaba que la muerte de Ciceron ella sola equivalia á una

infinidad de víctimas, y libraba su ambicion de la última virtud de Roma.

Mandó clavar la ensangrentada cabeza de Ciceron entre sus dos manos, que habian cortado, encima de la tribuna de las arengas, castigando de este modo la mas sublime elocuencia que jamás haya existido en los dos órganos de la humana palabra, el gesto y la voz. Empero, Fulvia, la muger de Antonio, no quedó satisfecha con esta venganza: hizo llevar la cabeza del orador: la cogió con sus manos, la colocó sobre sus rodillas, la abofeteó, sacó su lengua fuera de los labios, la atravesó repetidas veces con una larga aguja de oro que sujetaba el cabello de las matronas romanas, y prolongó el suplicio, como las Furias de que era imagen, aun mas allá de la muerte. ¡Deshonra eterna de su sexo y del pueblo romano!

XX.

Muerto Ciceron, los triunviros se disputaron la república: Octavio prevaleció. La tiranía, que hasta entonces habia sido una ausencia de la libertad, se convirtió en institucion: eximió al pueblo de toda virtud: proporcionó á los romanos, segun los vicios ó virtudes de sus señores, tan pronto épocas de próspera servidumbre, como reinados de degradacion moral y de sangre, que son la ignominia y la deshonra de la historia y el martirio y suplicio en globo del género humano.

Hé aqui una de las memorables páginas de la historia romana. Presentaremos otras sucesivamente.

GUTENBERG.

INVENTOR DE LA IMPRENTA.

(Año 1400 de J. C.)

La imprenta es el telescopio del alma.

Lo mismo que este instrumento de óptica, llamado *telescopio*, aproxima á la vista, aumentando los objetos de la creacion, los átomos y los astros, hasta el universo visible, de igual manera la imprenta acerca y pone en comunicacion inmediata, continua, perpétua, el pensamiento del hombre aislado con todos los pensamientos del mundo invisible, en el pasado, en el presente y en el porvenir. Se ha dicho que los caminos de hierro y el vapor suprimian la distancia; pero se puede decir que la imprenta ha suprimido el tiempo. Gracias á ella todos somos contemporáneos. Yo converso con Homero y Ciceron, y los Homeros y Cicerones venideros conversarán con nosotros, de modo que puede dudarse en pronunciar si una *prensa* es un verdadero *sentido* intelectual, revelado al hombre por Gutenberg, ó una *máquina* material, pues aunque sale sin duda del papel, de la tinta, de los caracteres, de las cifras, de las letras que se presentan á nuestros sentidos, sale al mismo tiempo del pensamiento, del sentimiento, de la moral, de la religion, es decir, de una porcion del alma del género humano.

Antes de hablar del inventor, examinemos el fenómeno.

II.

Lo que constituye al hombre no son solamente los sentidos, pues los brutos tienen sentidos como nosotros, y algunos los tienen infinitamente mas delicados, mas fuertes, mas infalibles que los nuestros. Lo que especialmente constituye al hombre es el pensamiento; pero mientras tanto que este pensamiento no se revele á si mismo y á los otros por la palabra, existe en nosotros como si no existiera. La palabra no es el pensamiento, sino la manifestacion necesaria y simultánea de él. Mientras que un hombre no pueda decir: «Yo pienso!» no ha pensado, ha soñado; ha tenido instintos, no ha tenido ideas; ha sido inteligencia sin duda, pero inteligencia cautiva y dormida en la noche de los sentidos, semejante al fuego que duerme en la ceniza pero que no sale antes que la chispa. La chispa que forma la llama del pensamiento, su luz, su libertad, su actividad en el hombre y en la especie humana es la palabra el *verbo*, como le llamaban los antiguos, que entendian bajo este nombre de esta facultad verdaderamente divina, cierta cosa intermedia entre el hombre y Dios.

Tenian razon: la palabra es la revelacion del alma al alma, pues ¿quién otro que Dios pudo hacer en el alma, su obra y su misterio, aquella revelacion de ella misma?

Por eso inclinémonos á creer que la palabra no ha nacido en si misma en los labios del hombre primitivo como una cosa casual, añadido de siglo en siglo algunas significaciones vagas